

Estas antiquísimas leyendas no podían ser trazadas por ninguno de los discípulos ni contemporáneos del Salvador. Los anales de los pueblos las consignan en sus viejas páginas, como un eco casi uniforme de la tradición primitiva.

Esta criatura, pues, tan esperada de los siglos, debía ser mas clara y espresamente anunciada por los hombres inspirados que conservaban en el pueblo escogido el hilo de sus primitivas esperanzas. Del arpa de David y de la citara de Salomon debían desprenderse acentos proféticos acerca la agraciada y pura en el pensamiento de Dios; el santo rey, preferido á la raza de Saul, contempla la virginidad de María y el nacimiento maravilloso del Hijo de Dios, que vé tan puro como el rocío de la aurora. "Salomon se complace en trazar su imájen con tal suavidad de pincel, que deja muy atrás las graciosas descripciones de las *Peris* de Oriente, esas alegres y vaporosas deidades que ocupan los ensueños del pastor de la Arabia." Las mas bellas y graciosas imájenes de la naturaleza se aplican á la celestial hermosura de la amada del esposo. "El la vé elevarse en medio de las hijas de Judá, como un lirio entre las espigas; sus ojos son dulces y azulados como los de la paloma; sus labios, semejantes á una cinta de escarlata, son un panal que destila miel; su andar es lijero como el humo de los perfumes, y su belleza rivaliza en brillantez con la luna que asoma en el horizonte." Elias, el arrebatado profeta, descubre la Virgen prometida bajo la forma de una nube transparente que se eleva del seno de las aguas para anunciar la vuelta de las lluvias. El estático Isaías, mira en sus raptos proféticos á una Virgen que concebirá y dará á luz un hijo por nombre Emmanuel, el cual dado por milagro al mundo, será un renuevo del trono de Jessé, una flor nacida de su raíz.

María es pues semejante, segun el mismo historiador, á aquella embelesadora figura que un pintor de la antigüedad trazó en otro tiempo, tomando rasgos esparcidos en las mas hermosas mugeres de la Grecia. La casta Esposa del Espíritu Santo reunió y reflejó en una persona todo lo que las mugeres mas célebres de la antigua ley habian ofrecido á la admiracion de sus contemporáneos. Bella como Raquel y Sara, supo juntar la prudencia de Abigail á la resolucion valerosa de Esther. Susana, casta como la flor cuyo nombre traia; Judith, cuya corona de lirios fué manchada por la sangre de Holofernes; Aza, cuya mano fué el premio de una ciudad conquistada, y esa madre tan grande y tan desventurada que vió morir todos sus hijos por la ley, todas estas matronas magnánimas cuyos cuadros hemos trazado, si bien con la pálida luz que hace reflejar hasta nosotros la historia de los antiguos dias, no fueron mas

que débiles retratos de aquella, que debía reunir todas las gracias y perfecciones de la muger y del angel.

Cuando fueron cumplidos los tiempos señalados por la misericordia de Dios, realizó éste la palabra pronunciada sobre la cuna de la decadida humanidad. "Yo pondré, dijo al tentador, eterna enemistad entre tú y la muger, y entre tu descendencia y la suya, y ella aplastará tu cabeza," y la palabra pronunciada despues por uno de sus profetas: "El Líbano con su cedros caerá; pero nacerá un renuevo de Jessé, y el Espíritu del Señor reposará sobre una flor nacida de entre sus ruinas." Y en efecto, despues de cuarenta siglos de espectacion, levántase María sobre el horizonte de la Judea. Eva segunda, verdadera madre de los vivientes, llamada á destruir por un alumbramiento divino el crimen y la muerte. Pero María, que fué concebida pura en el pensamiento de Dios desde la eternidad, no podia existir en el tiempo sobre la tierra marcada con el sello del crimen original que mancilló á la desdichada humanidad desde el momento en que gimió esclava de la culpa. Y aunque algunos grandes ingenios del cristianismo, amantes de María, bayan pensado y defendido que estuvo sujeta por un momento á la ley general de maldicion, el amor á las glorias de María inspiró á otros talentos no menos encumbrados, é inspiró tambien á todo el pueblo cristiano y sobre todo á las almas sencillas, que la inmunidad de María, si no era declarada por la Iglesia como un dogma de fé, era un dogma de amor necesario á todo corazon que la ama, y que Dios parecia haber dejado un lijero velo sobre ese punto nebuloso de la historia de su Santa Madre, para que el amor de sus hijos le recorriera, no con la mano temeraria de la persecucion, sino con la modestia afectuosa de un firmísimo asentimiento. Este obsequio ha recibido María en todos los siglos. Este dulce y consolante misterio ha inspirado las mas bellas creaciones de la lira y del pincel; el hombre ha procurado formarse una idea celeste, de un sér puro perfecto, bellissimo, aéreo, rodeado con la luz de la eternidad: se ha esforzado, por decirlo así, en penetrar lo mas íntimamente perfecto que po, dia residir en el pensamiento divino, espiritualizando las formas de la hermosura material, y creando, en cuanto es dado al hombre, un tipo de inocencia y de beldad que se perdiere en lo infinito; y ha producido esas imájenes divinas de gracia y de candor que nos encantan, dando al májico pincel para trazar la concepcion de María un poder que no es concedido á la palabra. La cual sin embargo ha agotado sus fuerzas y sus recursos para engrandecer con sus torpes acentos el gran misterio de María. Ved ahí una corta muestra de lo mucho que ha forcéjado el ingenio para hablar de María en el pensamiento de Dios.



«La redencion del hombre fué decretada en los eternos consejos de Dios. El mundo debía ser inundado por la iniquidad, y el seno de Maria era el arca santa en que Dios habia de venir á salvar al mundo. Maria era la Reina á la diestra de Dios, vestida con ropas de oro, como cantó el rey profeta. Corrompida la masa de Adán, inficionada por la culpa del origen, no tocó á Maria la inmundicia del pecado, al modo de las aguas del Jordan no tocaron al arca del Testamento..... Dios dejó que el torrente de la corrupcion inundase siglos y generaciones; mas le detuvo con su mano poderosa en la plenitud de los tiempos. Y en aquel momento Maria fué concebida. El Hacedor supremo detuvo el astro del dia: contuvo las ondas de un mar y de un rio: sacó flor de la vara seca de Aaron; conservó la zarza en medio de las llamas, á Jonás en las entrañas de un monstruo, á los tres niños en la hoguera de Babilonia. ¡Gloria á él! ¿Cómo no detendría el torrente de la culpa para preservar á su madre? El sol eterno fijó en Maria los rayos de sus gracias desde que empezó á ser. ¡Oh Virgen y Madre! Maldito fué el pensamiento de Luzbel, pues no vió en vos la base de aquella columna que debía unir el cielo con la tierra. Uno de los mas bellos espíritus celestiales debia postrarse á vuestra presencia y adorar en vos la madre de su Criador supremo. Las potestades debian engrandeceros desde el instante de vuestra existencia sobre la tierra: sus liras cantaban ya vuestras glorias bajo las bóvedas eternas, y acataban en vuestra formacion el pensamiento de Dios. En este pensamiento apareció la Virgen humilde de Israel temblando á la presencia del angel que la acata. ¡Humildad! no es dado al hombre penetrar su precio! ¡Humildad! tú encierras en tu mérito casi infinito, al mérito de la mayor elevacion del universo! ¡Tú eres el móvil secreto de la redencion del hombre, á quien el orgullo habia hecho caer! ¡Para abañir ese orgullo estuvo presente al Altísimo, antes de los tiempos, la humildad de Maria!

Albricias, que el albo dia  
Asoma entre luces bellas,  
En que la Aurora María  
Electa entre las doncellas,  
Mas pura que las estrellas,  
Va en la tierra á despuntar.  
¿No veis el general grito?  
¿No oís el himno de gloria?  
En ese dia bendito  
De júbilo y de victoria

Y de tan dulce memoria,  
¿No oís el cañon tronar?

Antes que el mundo la viera,  
Apenas fué concebida,  
La que el Eterno escogiera  
Fué de gracia revestida,  
Y antes de gozar de vida,  
De la inmunidad gozó:

Que jamas ni en su oriente  
Sufrió de Satán ultraje;  
Ni impresa se vió en su frente  
El sello del vasallaje,  
Que en su proscrito linaje  
Infame culpa marcó.

¡Oh! ¡qué bella! ¡qué agraciada  
Ya desde el materno seno,  
Por su criador librada  
Del mortífero veneno,  
Luce, cual astro sereno  
Casta virgen de Judá!

Eva segunda y mas pura,  
Iris de salud riente,  
Nuncio de paz y ventura  
A su raza delincuente,  
De la alevosa serpiente  
La cabeza quebrará.

Desde el instante primero  
Del cielo placer y encanto,  
Al Salvador verdadero  
Llevará en su seno llanto,  
Enjugando el largo llanto  
Del linaje pecador:

Y nuestra patria dichosa  
Puesta bajo de su imperio,  
Celebrará jubilosa  
El consolador misterio  
Que el pesado cautiverio  
En gloria tornó y amor.

María, pues, es el nombre de la criatura privilegiada que por su belleza interior y el encanto de la mas alta virtud, debia fijar las miradas del



Criador, y ser despues su madre en el tiempo. Por esto fué santificada antes de nacer, al modo que se ponen poderosos cimientos para sostener un templo inmenso, ó como se adornan los palacios en donde han de habitar los príncipes. Hemos visto ya que Joaquin, de la tribu de Judá y de la raza de David, y Ana, á quien se cree de la tribu de Leví, fueron los padres de María. Toda la antigüedad eclesiástica ha glorificado el nacimiento de María, y desde los mas remotos siglos la Iglesia la celebra con una fiesta especial que se ha fijado en el 8 de Setiembre. Y aun mucho mas, se ha instituido la fiesta de la Concepción, como para apresurarse á rendir homenaje á la grandeza de María desde que ella comienza á ser, no pudiendo manifestar ya de un modo mas espresivo cuanto se quiere encomiar y exaltar á la Madre ilustre de un Dios oculto. Nuestra patria no queda por cierto rezagada en tan gloriosos esfuerzos, y el dia en que la Iglesia universal celebra la inmunidad de la Virgen de todo pecado desde el primer momento de su sér, es para los hijos de España un dia de júbilo y una fiesta de familia.

Cuando nació María, el cetro real de Judá estaba en manos de un extranjero, segun habia predicho Jacob: y su patria fué Nazareth, pequeña ciudad de la baja Galilea, poco distante del monte Carmelo. María, como vimos ya, fué el premio destinado á unos padres santos, despues de la larga esterilidad de una madre resignada, á quien su esposo, lejos de darle letras de divorcio, como era de costumbre autorizada por la ley, la conservó á su lado, para ejercitarse juntos en las mas sublimes virtudes y adorar los designios soberanos de la Providencia.

La cuna de María fué pobre, como debia serlo la de su Hijo divino. La oscura condicion de sus padres, aunque de sangre real, no permitia eubrir á la recién nacida con las ricas púrpuras de Tyro ni con el oro de Arabia, ni rodearla de la gala y espléndidez de los príncipes hebreos. La sencillez de la cuna de María era ya un simbolo de su humildad, y un prenuncio de la indigencia que debia rodear la cuna del Salvador del mundo. La santa Madre trasportada de júbilo por su alumbramiento, é inspirada á lo mehos vagamente, con una prevision celeste de los grandes destinos á que seria llamada su hija, se desbizo en gracias al Señor por aquel inestimable presente; y en sus éxtasis de gozo, entonó un canto de reconocimiento que nos ha conservado la tradicion, y que pinta enérgicamente la alegría de una madre.

Cantaré á mi Señor fiel alabanza  
Porque propicio visitó á su sierva;  
Y quitando el oprobio de mi seno,

Enmudeció las viperinas lenguas  
De mis contrarios, que al mirarme estéril  
Sin piedad me arrostraban esta afrenta.  
Dios me dió fruto de justicia santa,  
Fruto fecundo en gracias y grandezas,  
Que crecerá en espléndidas virtudes,  
; Oh poderoso Dios, á tu presencia!  
Quién á los hijos de Ruben, pasmados,  
El primero dará la feliz nueva  
Que Ana, encorvada al peso de los años,  
Una niña en sus pechos alimenta!  
Escuchad, escuchad, ; oh doce tribus  
Del pueblo de Israel, cual Dios ostenta  
Hoy en mí su poder; la estéril Ana  
Al fruto le nació su leche presta!

En el nacimiento de María recibe el mundo, sin saberlo aún, este presente de la gracia, y es el dia en que nace nuestro gozo y el prenuncio de nuestra salud. El momento en que la Virgen vió la luz del dia, nos anuncia el objeto de nuestros deseos. El Hombre Dios va á venir, y el seno que ha de encerrarle palpita ya entre pañales. El Dios de toda gracia preside al nacimiento de aquella á la que escogió por Madre suya en su eterno pensamiento. El sol de justicia baña ya con un rayo de púrpura la casa que debe habitar, y del cual va á salir para visitarnos. ; De qué radiante luz no resplandece este vaso fulgurante de gloria que Dios se destina para sí mismo! ; Cuántos prodigios ocultos en su corto recinto! Esta nubecilla que se levanta dará una lluvia tan abundante que limpiará el mundo! Niña llena de bendiciones, colmada de gracias, toda pura y sin mancha, esfuerzo del poder supremo de Dios y simbolo de todas sus bondades, ; qué seria la tierra sin tí? Tal vez el Omnipotente hubiera arrojado á un nuevo abismo la raza prevaricadora, sin la idea eterna de la reparacion que por tu medio va á lograr el mundo! Tú respiras ya en la atmósfera envenenada de la proscrita tierra, y todo es puro al rededor de tí. ; Arca de alianza! en tí se encierra la esperanza del mundo en el inmenso naufragio de la culpa y del dolor. ; María ha nacido! Los justos, las almas puras tienen reina. Dios Hombre y los hombres tienen madre: sí, los tristes hombres tienen la Madre que perdieron en Eva pecadora.

La Iglesia universal celebra con solemne júbilo el nacimiento de María, y hace resonar los templos santos con himnos de alabanza y de amor.



; Cuán elevada nace María sobre todas las demás mugeres! Madres de reyes ha habido; pero el ser madre de los mayores soberanos, no es ni una condicion ni una calidad esenciales; en serlo hay una dicha y una gloria, y nada mas, pues las que la fortuna destinó á este supremo rango, hubieran podido vivir sin ser madres, y sobre todo, madres de reyes. Pero María no podia nacer si no hubiese debido ser madre, y nunca hubiera sido madre si no hubiese debido ser madre de Dios. ¿Qué traemos nosotros acá en la tierra? La corrupcion en herencia, y pasiones, cuyo fuego no deja de circular en nuestras venas. Apenas salidos de la cuna, cuando el orgullo nos tiende la mano y pone sobre nuestra frente su pesado yugo. Mil defectos le vienen en ayuda para desgarrar nuestra alma de esclavo, y emponzoñar nuestros mas nobles pensamientos. María al contrario, se presenta sobre la tierra como soberana, como reina de los ángeles, pues por ella van á ser llenadas las sillas que dejó vacías la rebelion: de los patriarcas y de los profetas, pues ella verificará sus oráculos; de los apóstoles, dando al mundo el legislador cuyo Evangelio deben ellos anunciar; de las vírgenes y de todos los santos, pues ella nace coronada ya de la inocencia y vestida de la justicia.

Despues de nueve dias del nacimiento de María, su padre le impuso nombre, como era costumbre hacer entre los hebreos. Hemos dicho ya lo que significaba el nombre de *Miriam* (María) el cual se traduce en siríaco por dama, señora ó soberana, y que significa en hebreo estrella del mar. Este nombre es ya por sí solo un prodigio, el nombre mas bello, mas dulce, mas poderoso que haya recibido criatura alguna; nombre que, brillando desde la eternidad en el pensamiento de Dios, ha pasado y va pasando por entre los siglos y las generaciones de la tierra como un rayo perenne de esperanza y de amor entre las borrascas de la vida, y entre las penas y dolores aun mas profundos del corazon.

Parece que la madre de María la ofreció al templo despues de los ochentas dias de nacida, término prefijado por la ley para la purificacion solemne de la madre de una hija, y la presentacion de su primogénito. Esta ceremonia legal, en la que hizo Ana la ofrenda del pobre, que eran dos tortolillas, no fué mas que el exacto cumplimiento de un deber religioso; pero entonces fué cuando los dos esposos contrajeron el empeño de volver su hija al templo y consagrarla enteramente á su servicio, luego que su tierna razon se lo permitiese; y segun la opinion mas recibida, María fué presentada al templo en la edad de tres años, y allí, prevenida de particulares bendiciones, se consagró irrevocablemente á Dios. Este recuerdo es el que ha querido perpetuar la Iglesia, al instituir la festividad de la presentacion, fijada á 21 de Noviembre. Esta fiesta, celebrada

en Oriente desde el siglo IX, no se estableció en las iglesias occidentales hasta el siglo XVI, á instancias de Felipe de Maizieres, embajador de Chi-pre cerca de la Santa Sede, el cual interesó vivamente á Gregorio XI para el rezo solemne que se usaba en Grecia en la presentacion de la Virgen María.

Esta solemnidad de presentarse la futura madre de Jesucristo á la casa de la oracion, se verificó sin la vanidad del fausto, pero con el sparato conveniente á los altos destinos de la presentada. Asistieron al acto gran número de funcionarios del rey, fariseos, doctores y damas ilustres que la Providencia habia reunido como por casualidad bajo el pórtico de Salomon. Empezó la funcion por un sacrificio y los sacerdotes y levitas recibieron de manos de Joaquin la victima de *prosperidad*, pues tal se llamaba todo sacrificio en que se pedia un favor á Dios, ó se le daban gracias por haberlo alcanzado: el cual recibió despues de manos de los sacrificadores el resto de la hóstia, y repartió sus pedazos, segun costumbre, entre los principales parientes. Ana y Joaquin, llevando la divina niña en sus brazos, y la madre la cabeza cubierta con un velo, presentaron al ministro del Altísimo la jóven sierva de Dios, como el presente precioso que éste les habia concedido, y un cántico de gozo y de reconocimiento, al son de las arpas sacerdotales, terminó la augusta ceremonia.

En esta consagracion de sí propia al Eterno, es indudable que la tierna niña tuvo con él una comunicacion íntima que no es dado al hombre penetrar; pues el que hace elocuente el labio de los párvulos, puede muy bien dar á su alma una intuicion superior de la verdad y un sentimiento mas profundo el sentimiento de la virtud. Lo cierto es que por medio de esta ofrenda sublime preparaba María el cumplimiento de los divinos oráculos. En ella comenzó aquel día la dignidad de las vírgenes, ella levantó el estandarte de una vida nueva, cuya idea solo pudo ser inspirada por el cielo. Toda la tradicion nos enseña que, queriendo Dios nacer hombre para salvar á los hombres, y no debiendo llevar en sí ni aun la mas leve sombra de mancha, debia nacer de una virgen incorruptible, y que no dejase de ser ni por un solo instante la pureza por excelencia. Pero convenia al mismo tiempo que ignorase el futuro misterio de la Encarnacion, y que el voto que hacia no le fuese sugerido de modo alguno por la prevision de la maternidad divina, para que fuese así un homenaje mas libre y mas generoso.

Antiguas y respetables autoridades, confirmadas por la voz unánime de la tradicion, dan á entender que María pasó sus mas bellos años en el templo, ocupándose en la oracion y en el trabajo de sus manos. Valga por todos el testimonio de San Evodio, refiriéndose á una carta de Nicé-



foro sobre la santa infancia de María; y esta tradición descendía de la Iglesia de Jerusalén, donde vivían muchos discípulos de Jesucristo y parientes de la Virgen y de su santo esposo José. Últimamente lo confirma la autoridad de San Gerónimo, por lo cual esta creencia tradicional, puede colocarse, según el señor Orsini, en el número de los hechos históricos mejor comprobados.

Este hecho, además, nada tiene de imposible ni de inverosímil, pues vemos de una parte á Jesabeth, muger del grande sacerdote de Joiada, ocultar junto así en el templo al jóven rey de Joas con su nodriza, para sustraerle al furor de Athalia; y de otra parte la profetiza Ana, hija de Fanael, habitar constantemente en la puerta del templo. Pero tanto si la infancia de María se hubiese pasado en la casa de Dios, como si Joaquín y Ana hubiesen conducido á la amable favorita del cielo á su humilde morada de Seforis en Galilea, nadie dudará que María vivió en el retiro, conversando por la meditación con su Criador, y practicando con sencillez, y en un grado sumo de perfección, los deberes y las virtudes que su posición requería.

Admitiendo empero la opinion mas generalmente recibida de que María pasó sus primeros años en el templo del Señor, debía tener su morada en la parte del edificio religioso que se elevaba dentro del recinto fortificado del templo, y que estaba destinado á las vírgenes dedicadas al Señor; sobre el sitio en que los cristianos de Jerusalén levantaron un oratorio que los compañeros de armas de Godofredo convirtieron despues, bajo la invocacion de Santa Maria, en una Iglesia de dorada cúpula, y que los valientes caballeros del Temple se complacieron con frecuencia en adornar con los despojos de los sarracenos; allí fué, pues, donde Zacarías condujo á su jóven parienta.

La virginidad entre los hebreos no era mas que la virtud de una época de la vida; pues, como hemos dicho ya otras veces, nadie, por santo que fuese, quería renunciar á la posibilidad de ser el ascendiente de una estirpe de la cual podía nacer el Mesías. Así que, la virginidad perpetua consagrada á Dios como voto era enteramente desconocida; y aunque las doncellas eran respetadas y admitidas á celebrar con himnos y cantares las loas del Señor y las victorias de su pueblo, figurando ostensiblemente en todas las ceremonias del culto; sin embargo todas aspiraban al título de esposas y de madres, por la esperanza de que acabamos de hablar. María estaba destinada para hacer de sí misma un sacrificio perpetuo á la Divinidad, y la Divinidad reservaba tambien para ella el ser Madre de Dios en premio del sacrificio que ella habia hecho de la esperanza de serlo.

Escasas son las noticias que nos han quedado acerca este primer pe-

riodo de la vida de Maria, como nota muy oportuna mente su moderno historiador, habiéndose perdido la vida tradicional de que habla San Epifanio á últimos del siglo IV, y habiéndose desechado por la Iglesia el Evangelio del nacimiento de la Virgen. Esta oscuridad ha dado lugar á varias conjeturas, mas ó menos probables, y hasta algunas inadmisibles, como por ejemplo el que la santa niña fuese colocada en el *Sancta Sanctorum*, lugar reservado, y aun muy raras veces, al Sumo Sacerdote.

María, pues, fué admitida, como indica San Gerónimo, entre las vírgenes del Señor consagradas al servicio del templo. Modesta y graciosa en su vestir, sin afectacion ni desaliño, imájen viva de inocencia y de candor, repartido el tiempo entre la ferviente oracion y las labores propias del sexo, ocultaba Maria bajo un aspecto humilde el alma mas bella y mas enamorada de su Dios que habia visto la tierra. Aun en medio de sus continuas tareas hallaba momentos para cultivar y estender su inteligencia, dotada por el Criador de la mayor facilidad y perspicacia; desarrollándose rápidamente la brillantez y exactitud de su espíritu tan poderoso en actividad como su corazon. Los Santos Padres le atribuyen un perfecto conocimiento de los libros sagrados y de la lengua de Moisés, ese antiguo hebreo de que se sirvió Josué para detener el astro del dia, y en el que trazó Dios con su dedo sobre piedras los diez preceptos de su ley. Tampoco pueden rehusarse á la jóven profetiza las mas puras y nobles inspiraciones del genio, pues dejó enriquecida la nueva ley con su mas bello cántico.

Un historiador de Maria de últimos del siglo XVII, nos transcribe el retrato de la Virgen refiriéndose á San Epifanio, citado por Nicéforo, retrato que el señor Orsini reduce á menos palabras. "La Virgen, según este obispo, no era de una elevada estatura, aunque su talla era un poco mas que mediana: su tez, lijeramente dorada como la de la Sulamitis por el sol de su patria, tenia el rico matiz de las espigas maduras; sus cabellos eran rubios, sus ojos vivísimos, su pupila algun tanto acortunada, sus cejas completamente arqueadas y de un hermoso negro; su nariz de notable perfección y aguilena, sus labios rosados, el corte de su cara bellamente ovalado, sus manos y dedos eran largos."

Pero, según observacion de San Ambrosio, esas gracias y bellezas de Maria que cautivan el alma, sin inspirarle ninguno de aquellos incentivos que suelen acompañar á las formas seductoras de las demas jóvenes, no eran mas que la corteza de un espíritu sublime, de una alma llena de virtudes, de una inteligencia superior y de un corazon de fuego para Dios y de pura caridad hácia los hombres. El aspecto de Maria era el de una modestia celestial que infundía placer y respeto, era la figura de



un ángel revestido de formas corporales, que deja hechizados los ojos y penetrado el corazón como de una visión del cielo.

María, en medio de las vírgenes de Judá, repetía aquellas súplicas y entonaba aquellos himnos propios de un pueblo que vive de la esperanza, y que rogaba al cielo por la pronta venida del Redentor suspirado: "Oh, Dios, exclamaba, glorificado sea vuestro nombre, y santificado en este mundo, que según vuestro querer habeis criado: haecid reinar vuestro imperio, florezca la redención y venga pronto el Mesías." O uniendo su argentina voz al sonido melodioso del arpa, cantaba como Ageo y Zacarías aquellos hermosos versos.

El que rompe en oscura  
Prisión los grillos, el que al ciego llama  
Y rayos de luz pura  
En sus ojos derrama,  
Y el caído levanta, al justo ama:  
Proteje al peregrino:  
Al pupilo recoge: á la viuda  
Dispensa su divino  
Patrocinio y ayuda,  
Y al plan del pecador trastorna y muda:  
Ese tu Dios Eterno  
Es, Sion; cuyo reino permanente  
Con pródigo gobierno,  
Con ley omnipotente  
Tu gloria extenderá de gente en gente.

Niña privilegiada la Santa Virgen, lejos del contacto de los demás hombres, en el silencio apacible del templo, comunicaba intimamente con Dios, quien así como había conducido su pueblo al desierto, y llamado á Moisés á la soledad, hablaba á María en una morada inaccesible á la multitud. Allí derramaba sobre su alma aquellos raudales de inteligencia, de gracia y de virtud cual convenia para su elevado, si bien que ignorado destino; y prepararía aquel corazón de amor para recibir junto á sí al Amor por esencia que no tardaría á unirse á ella, descendiendo á sus entrañas virginales.

Los padres de María, pasados algunos años, trasladaron su domicilio á Jerusalem para hallarse mas cerca de su hija y mas inmediatos al Señor. Despues de nueve años del encerramiento de María en el templo, tuvo ya que derramar lágrimas por la pérdida de su anciano padre, que

murió en el ósculo del Señor. Este primer infortunio, seguido luego de la pérdida de su santa madre, vivieron á ensayar el corazón de María en el dolor y en la resignación. Su alma, que como la de su divino Hijo, nunca fué ni seca ni insensible, pagó el debido tributo á la gratitud y á la naturaleza; y como hija amante y amada, cerró con amargura profunda los lividos párpados de sus padres, derramando ardientes lágrimas y levantando al cielo los ojos en medio del aislamiento en que quedaba sumida, exclamando: "¡Oh Jehová! hágase tu voluntad." ¡Quién le hubiera dicho entonces que con el tiempo lloraría la muerte de este mismo Jehová humanado, y ensangrentado sobre sus brazos de madre!

Dios, que es el órden soberano y que en todo quiere el órden y la armonía, escogió unos tiempos para hacer estallar su poder y otros tiempos para hacer admirar su sabiduría. Así como venia á curar el orgullo, que es la grande llaga de la humanidad, y enseñarnos á ser mansos y humildes, envolvió en silencio el misterio de nuestra salud, y lo cumplió, dejando marchar en apariencia los sucesos según su curso ordinario. Así, en lugar de desgarrar las nubes del cielo con el ímpetu del rayo, y llegar, como vendrá en el último día, llevado sobre los turbados elementos como en un carro de triunfo, cubrió el milagro de su nacimiento temporal con el velo del matrimonio, dando á su Madre, según la carne, una defensa y un apoyo humano.

María, despues de la muerte de sus padres, quedó bajo la custodia de tutores de linaje sacerdotal, entre los cuales es muy probable que se contara al esposo de Elisabeth, cuya alta reputación de virtud y próximo parentesco parecían darle el doble título para este cargo de protección. Por muchos motivos el celibato era mirado en Israel como una idea casi impía, y mucho mas en la época en que María se hallaba, pues la esperanza, como observa Orsini, que había sostenido á los judíos cuando el asirio los trasladó á las orillas del Eufrates, se había convertido en vivos deseos de venganza desde que los romanos dominaban en Asia. Los hebreos esperaban ver pronto el día en que las águilas huirían á la vista del estandarte de Judá, y en que la enseña de los macabeos ondearía encima de la del senado de Roma. Jamás había aparecido pues tan cercano el cumplimiento de los oráculos mesiánicos, y el momento no era favorable para obtener la gracia que María imploraba desde el fondo de su corazón. Convocados pues todos los inmediatos parientes, que eran del linaje de David y de la tribu de Judá, resolvieron dar un esposo á María, y discutieron con interés y prudencia acerca de la elección. Jóvenes ricos y valientes, mancebos de arrogante y esbelta gallardía, guerreros ilustres, hubieran aspirado á la mano de la mas interesante y virtuosa en-



tre las hijas de Israel. Pero los sacerdotes y ancianos de la familia de María fijaron sus ojos en José, hombre pobre, y según algunos padres, de edad avanzada, que había vivido sin esposa, y era el oscuro carpintero de Nazareth. El alma de María, á fuerza de pureza y contemplacion, adivinaba el Evangelio, y reconoció toda la altura y gloria de una virginidad perpetua, adelantándose á su nacion y á su siglo por la comunicacion que había tenido con el cielo. Pero si bien no fué escuchada la modesta resistencia que opuso á dar la mano á un hombre, y hasta llegó á sorprender á los que no eran capaces de penetrarla; con todo, la Providencia dirigió el consejo de los que habían de elegir el esposo, haciendo recaer la eleccion cual convenia á los encumbrados designios de Dios.

La resignacion de María á esta determinacion de sus parientes, *ese fiat*, anticipado á la voluntad de los hombres, preparaba su humilde espíritu al *fiat* que, saliendo de sus labios virginales, hizo abrir los cielos y enriqueció la tierra.

María, pues, fué prometida y desposada con José, que era como ella de la tribu de Judá y de la raza de David, y se añade que era el gefe y heredero principal de aquella dinastia ya caída. Y aunque se hallase reducido á ganar la vida con el sudor de su rostro, siendo como era de tan ilustre origen, no se tuvo por desigual el enlace, pues todo israelita era artesano, y todos aprendian algun oficio mecánico, y la humilde condicion del descendiente de David, en nada le degradaba á los ojos del pueblo. Los que juzgan por el estado actual de nuestras sociedades de la posicion de la sociedad hebrea, se dejan cegar por un error muy comun á nuestros historiadores contemporáneos. Entre los hebreos no había castas como entre los indios y egipcios, y el noble José, aunque tuviese que cortar árboles y fabricar arados y demas artefactos de que necesita la construccion de una casa, no por esto dejaba de gozar de la alta preeminencia de su nacimiento. Recordáremos la chanza necia del sofista Libiano, cuando para burlarse de Jesucristo preguntó á un cristiano, lo que hacia el hijo del carpintero, y le respondió el cristiano: hace un ataud para tu maestro. El suceso, como es sabido, confirmó esta réplica; pues en aquel mismo momento el apóstata Juliano caia herido mortalmente en una batalla contra los persas, y el hijo adoptivo del carpintero sepultaba en una huesa comun el emperador y el paganismo.

Pero si José era pobre á los ojos de los hombres, era muy rico delante de Dios por la pureza de su alma y la santidad de su vida, pues el Evangelio le nombra justo, y es sabida la diferencia que hay entre la justicia vulgar de que se contenta el mundo, y la justicia superior que el Evangelio puede glorificar. Si pues fué escogido para ser el esposo de la vir-

gen María, el custodio de su honor y el padre alimenticio del Niño Dios, fué á causa de su eminente santidad, porque poseia unos tesoros capaces de excitar la santa envidia de las inteligencias celestes; fué porque sus virtudes le habían hecho el primero de su nacion; y porque, según la feliz expresion de Orsini, estaba colocado en mas alto lugar que César en el libro de la vida, que forma los anales heráldicos de la eternidad. La Virgen no fué confiada al mas poderoso sino al mas digno; así el Arca, á la que no osaban acercarse los príncipes y los valientes de Israel, temiendo ser heridos de muerte, atraía las bendiciones del cielo sobre la casa de un simple levita, cuyo pobre techo le dió abrigo.

Ademas, María fué premiada por el cielo á causa de su obediencia, pues ya sabria por inspiracion, ó por otro medio, que este hombre justo no seria para ella mas que un protector, un guarda de su castidad, y que bajo su custodia podria quedar fiel á los votos que había hecho.

Sencillos fueron los desposorios de María con José, cual convenia á aquellos tiempos y circunstancias. Pero los parientes y amigos de los desposados prepararon las bodas con mayor esplendidez cual se acostumbraba entre los orientales, pues un matrimonio venia á ser entre los hebreos como un espectáculo público. A mas de los deudos, todas las personas calificadas de Jerusalem asistieron á la festiva pompa, en la cual, sin embargo, no entraron para nada los placeres del siglo y los desmanes de la disolucion. María fué acompañada á la casa del esposo en medio de una hilera de mugeres ricamente adornadas y al sonido de arpas, de flautas y otros instrumentos músicos, agitando todo el séquito nupcial ramos de mirto y de palmera, en señal de alegría. La tierna y santa desposada vestia con graciosa modestia y se portaba con una dignidad sencilla, que sevelaba á un tiempo á la virgen cándida y á la hija de veinte reyes. Brillaba en su frente á la par de la virtud del cielo toda la majestad de la tierra. Las hijas de Sion, agrupándose al tránsito de los esposos, arrojaban palmas á sus piés. María debía tener tambien su dia de triunfo en Jerusalem.

Los dos esposos, pasados los siete dias de las fiestas nupciales, se volvieron á Galilea en la pequeña ciudad de Nazareth, en donde José tenia su pobre habitacion. Y la que entonces era una ciudad de Galilea, en la tribu de Zabulon, es hoy dia una simple aldea. Está situada en un valle circular, rodeado de montecillos que se reunen por la base, y se separan el uno del otro en su cima, como los lóbulos de una flor. Casas bastante mezquinas en apariencia, pero blancas y limpias, las iglesias de los griegos unidos y de los griegos cismáticos, la iglesia y el convento de los padres latinos, la mezquita de los turcos, y en torno de estos edificios ver-



des bosquecillos compuestos de nopales, de naranjos y de higueras, ¡hé aquí Nazareth! ¡Pero cuantos recuerdos están unidos á este rincón de tierra!

Dos ó tres meses pasaron los santos esposos su dulce y bendecida existencia bajo el humilde techo de su hogar, partido el tiempo entre la labor y la plegaria. La casta esposa, acostumbrada á tejer con sus delicadas manos la seda ó el finísimo lino, tejía con hojas de palma ó cañas arrancadas de las orillas del Jordan, la estera que cubría su habitación, amoldándose á los mas groseros trabajos, y saliendo con el cántaro á buscar agua á la fuente, como las hijas de los patriarcas, ó á lavar las túnicas en el arroyo como las princesas de Homero. José, por su parte, trabajaba en su humilde taller, cuyo lugar designa aun en el día una piadosa tradición. Pobres, ignorados del mundo, tan frugales en el vestir como en la comida, vivían como verdaderos hermanos, inundado su corazón de aquella santa paz que es la alegría del justo. La tierra no les conocía, y ellos eran la admiración del cielo para ser despues la del universo. Y mientras José el artesano, y María vestida como una muger del pueblo, atoraban en secreto virtudes y merecimientos; mientras Heródes el Idumeo, declarado por los romanos rey de los judíos, afectaba dedicarse á grandes cosas, y ostentar una magnificencia que le valió efectivamente el sobrenombre de grande; mientras que el emperador Augusto gobernaba el mundo en una entera paz, llegó la hora que el Omnipotente había señalado para la encarnación de su Cristo, y el ángel Gabriel fué enviado á María, la mas santa y la mas pura de todas las vírgenes, para anunciarle que iba á concebir en sus entrañas castísimas el Verbo Eterno, el Hijo de Dios hecho hombre. El ángel, uno de los siete que asisten á la diestra del Escelso, se presentó á María en el momento en que, la cabeza inclinada hácia la parte en donde se hallaba el templo, ofrecía la oración de la tarde al Dios de Jacob. El mensajero celeste se humilló ante la Virgen sin mancilla, y con respetuoso acento le dijo: "Yo te saludo, llena de gracia, el Señor es contigo, tú eres bendita entre todas las mugeres." Nunca tales elogios habían sido dirigidos por una boca celeste á una criatura. En vez de complacerse en una vana alegría la Virgen de Judá, se turbó en su misma humildad. Inquieta al aspecto del brillante mensajero, y sorprendida, no sabiendo de dónde podía venir tan sublime elogio, oyó luego del ángel, que penetró su turbación, estas consoladoras palabras: "No temas, María, pues has encontrado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y parirás un hijo á quien pondrás el nombre de Jesús: él será grande, y será llamado el hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de su padre David, reinará eternamente sobre la casa de

Jacob, y su reino no tendrá fin." Estas son las divinas palabras por las cuales el ángel anunció á María el mas asombroso y el mas inefable de todos los misterios. Y ellas tuvieron su cumplimiento; porque el hijo de María apareció como el término de las esperanzas del antiguo mundo, y despues de haber dado de su misión las pruebas mas irrecusables, abrió los nuevos tiempos con una santidad de vida tal, por una muerte y una resurrección tan prodigiosas, que el universo entero se conmovió, sacó la espada para atacar, ó sufrió la muerte para defender la doctrina de este innovador poderoso. El Hijo de María es saludado y adorado diez y ocho siglos hace como Hijo del Altísimo; el vive sobre las almas por la verdad que les comunica, sobre los corazones por la caridad, cuya llama viviente alimenta en medio del mundo, sobre las hábitos y las instituciones de las sociedades modernas que el espíritu cristiano anima y conserva. El Hijo de María dominará el porvenir, como ha dominado lo que pasó, como es, tanto si se sabe, como si se ignora, la vida íntima de lo presente.

Mas atónita aún María con lo que acababa de oír, pero no dudando ni del poder de Dios, ni de la verdad de las palabras del ángel, no sabía cómo conciliar el título de madre con el voto de virginidad perpetua que había hecho á la presencia misma del Señor; y preguntó de qué modo tendrían un cumplimiento tales maravillas, habiéndose ella dado á Dios sin reserva y para siempre. Y respondió la voz celestial: "El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra: hé aquí por qué el fruto santo que de tí ha de nacer, será llamado el Hijo de Dios." El primer Adán, que perdió las razas humanas, no tuvo otro padre que Dios: el segundo Adán, que vino á salvarlas, tampoco tuvo otro padre que Dios. La potencia soberana que, saliendo de la eternidad, sacó el mundo de la nada y le animó maravillosamente por un primer soplo, sin ser á ello provocada por las exigencias imperiosas de la materia, sin ser limitada ó impedida por la inercia de los cuerpos, esta potencia ha quedado árbitra de la vida, y le es fácil el darla ó el quitarla á quien quiere y bajo las condiciones que sean de su agrado. El que niega, como á principio, este poder, es un insensato: el que le desconoce ó le ultraja en el hecho misterioso de la Encarnación, sentirá un día cuál sus cobardes blasfemias vuelven á caer sobre él como un vestido de afrenta y de dolor; los hombres de fé le aguardan en el umbral de la eternidad.

Para justificarse á sí mismo y dar una prueba inmediata y sensible de la verdad de sus anuncios, añadió el enviado del cielo: "Elisabeth, tu prima, ha concebido un hijo en su senectud, y este es el sexto mes de la preñez de la que es reputada estéril, porque nada hay imposible á Dios...." Así como la razón nos habla interiormente un lenguaje que nos ilustra,



nos subyuga, respetándonos, y determina en nuestro espíritu una libre convicción; así Dios no habla exteriormente sin revestir su revelación de señales que la caractericen, y de una gracia secreta y persuasiva que le hace aceptar por el alma humana, creando en ella una certitud incomparable. Así María, anonadada ante los decretos del Eterno y abismándose en su propia humildad, respondió con aquella palabra que hizo descender el Verbo y que resuena al través de los siglos: "Hé aquí la sierva del Señor: hágase según tu palabra." A estas palabras desapareció el ángel y el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros. El ángel de las sombras tramó nuestra perdición con la Eva pecadora, y el ángel de luz trató con la segunda Eva de nuestra reparación. En el origen de los tiempos Dios crió al mundo con una palabra: él dijo, y las cosas fueron hechas: en medio de los tiempos, regeneró el mundo por su Verbo ó su palabra: le envió, y la humanidad quedó curada. Aun más: pidió su consentimiento á la humanidad representada en María, pues trata á las almas con respeto, y puede decirse, con tanta exactitud como verdad, que el mundo moral fué vuelto á levantar de su caída á esta palabra salida de la boca de una criatura. Hágase en mí según vuestra palabra, así como el universo entero apareció á esta otra palabra caída de la boca del Criador: Que las cosas sean. ¿Quién, pues, ha osado pretender que la fe cristiana abaja al hombre? ¿Y quién nunca jamás profirió una palabra tan eficaz como la de María?

Este es el misterio fundamental del cristianismo, misterio por el cual se ha manifestado Dios en la carne y hecho sensible, y por el cual fué predicado á todas las naciones y conocido del mundo entero. ¿Quién podrá, sin conmoverse, trasladar su pensamiento á esta pobre morada, á este angosto retrete en donde tan altas maravillas están pasando entre el cielo y la tierra? Aquel de los evangelistas al cual se dá una águila por símbolo á causa del vuelo elevado de su inteligencia y por el poder de su mirada, recorriendo á los hombres los esplendores de Dios, escribe al frente de su Evangelio: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Por él fueron hechas todas las cosas, y sin él nada se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. . . . Esta era la verdadera luz que alumbraba á todo hombre que viene á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció. . . . Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad, y hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre." Este Verbo Eterno y poderoso es el que vino á incorporarse en la debilidad de

nuestra naturaleza, hacerse humilde, manso, paciente: dar el nombre de Madre á nuestra hermana, la hija de Adán, y darnos á todos el nombre de hermanos suyos, con una inaudita ternura.

La pobre choza de Nazareth se ha transformado en una iglesia y santuario subterráneo que forma parte de ella. La iglesia es una pieza en tres naves; debajo del altar una escalinata de algunas gradas, conduce á una capilla iluminada por lámparas de plata, formada por un peñasco naturalmente cortado á modo de bóveda, y al cual el arte ha impreso su última forma; y á este peñasco, conforme lo refiere la tradición, estaba unida la casa en donde resonó la salutación angélica. ¿Quién no habrá deseado arrodillarse sobre este suelo, besar sus piedras, llevar allí el recuerdo de todas las personas que Dios le ha hecho queridas, y reclamar sobre los males de la humanidad la compasión de aquel que hizo escuchar allá los vagidos de la débil infancia, y derramó sus primeras lágrimas?

Desde que el Hijo de Dios se hubo por sí mismo formado un cuerpo de la mas pura sustancia de su santa Madre, le inspiró el proyecto de ir á visitar á su parienta Elisabeth, y de manifestar con este paso que su caridad igualaba en grandeza á su destino. No emprendió, pues, este viaje por mera curiosidad, ni para cerciorarse con sus propios ojos de la realidad de un suceso que se apartaba de las leyes ordinarias de la naturaleza; pues no puede sospecharse en ella el mas leve asomo de duda ó de incertidumbre á las palabras del celestial enviado: lo emprendió movida por los mas generosos sentimientos de gratitud hácia unos parientes, á cuya sombra protectora habíase deslizado su infancia, y para felicitar á su prima por el prodigio que Dios había obrado en su seno, y prestarle los buenos oficios de la mas pura y solícita amistad. Con permiso, pues, y beneplácito de su esposo, en la estación de las rosas, se puso en camino y atravesó la Judea en toda su longitud, si Elisabeth, como se cree, tenía su domicilio en Hebron. Si empero habita en Aín ó Adén, á dos leguas del Sur de Jerusalem, donde Santa Helena hizo fabricar una iglesia en el lugar en donde estuvo la casa, le fué preciso andar cinco días de marcha, pues tal era la distancia de Nazareth á aquella ciudad, teniendo que atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria y casi todas las tierras de Judá, por un país erizado de montañas, cortado por torrentes y sembrado de desiertos.

No se sabe quién acompañó á María en este largo viaje, pues si no fué José, como se cree, nunca una muger judía joven, hermosa y delicada se hubiera aventurado, sin una escolta respetable, á separarse de su casa á tanta distancia. Es indudable que el espíritu de Dios entró en el encuentro de estas dos ilustres mugeres. La Virgen fué la primera que se hu-



milló en dar el saludo á su prima, que llena de alborozo y de afecto habia salido á encontrarla. "La paz sea contigo," dijo Maria en voz trémula y entrecortada, como quien oculta en sí un grande misterio. La faz de Maria se fué encendiendo poco á poco, como si pasase en ella algo de portentoso y extraordinario. Al mismo tiempo el espíritu profético descendió sobre Elisabeth, la cual penetró el misterio augusto de la Encarnación que la modestia de Maria le ocultaba, y se tuvo por muy feliz de recibir á la Madre de su Señor. "Tú eres bendita entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tus entrañas. ¿Y de dónde me viene tanta dicha de que la Madre de mi Señor venga á mí? Porque luego que tu voz ha llegado á mis oídos, cuando me has saludado, mi hijo ha saltado de gozo en mis entrañas, y tú eres dichosa porque creíste, pues cumplido será lo que se te ha anunciado de parte del Señor." Entónces Maria, oponiendo á aquellos elogios el sentimiento profundo de la humana flaqueza y de la misericordia divina, pronunció aquel cántico sublime, al que se ha dado por nombre la gloria de los humildes y la confusion de los soberbios. Y aunque en el uso comun de la vida no esté admitido en una visita entre primas estasiarse de repente en un raptó lírico, en aquella tierna y majestuosa escena mediaba con evidencia el espíritu de Dios, y el mismo poder, la misma inspiracion que puso en labios de Elisabeth la revelacion del arcano adorable, puso en boca de Maria el himno profético, primer cántico de la nueva ley, y el mas hermoso de las Escrituras Santas:

"Transportada de júbilo mi alma  
Al Señor engrandece y glorifica,  
Y al mirar su bondad omnipotente  
Mas se enagena en célica alegría.  
Porque sus ojos se dignó benigno  
Fijar en la humildad de su cautiva.  
Las generaciones venideras  
Me llamarán feliz por esta dicha,  
Asombradas de ver cómo el Potente  
Que sobre el sol la creacion domina,  
Y cuyo nombre es inefable y santo,  
Prodigó sobre mí sus maravillas.  
Su clemencia inmortal todos los siglos  
Llena, y consoladora vivifica  
Las generaciones que le temen:  
Así cuando le place la infinita  
Potencia de su mano creadora

Ostenta: á veces la altivez impia  
Del demente mortal evanecido  
En un momento súbito disipa.  
A los vanos colosos de la tierra  
Fulminador al polvo precipita,  
Y á los pequeños, que humillara el mundo,  
A la cumbre mas alta los sublima.  
A los hambrientos la abundosa mano  
De sus ricos tesoros les prodiga;  
Y al que en el oro y en delicias nada  
A la indigencia escuálida le humilla.  
En su arcano eternal ha decretado  
Exaltar á Israél, porque no olvida  
La piedad con su pueblo predilecto.  
Y la promesa nos será cumplida  
Que hizo á Abraham, y á nuestros padres  
Y estirpe por edades infinitas."

Este himno, tan noble en su sencillez, ha sido mirado siempre como el canto de triunfo de la humanidad regenerada, y ved ahí por qué en la Iglesia se reza en pie, con un ceremonial particular, en un tono de victoria, entre las unánimes aclamaciones del pueblo fiel, que ratifica las palabras de la Virgen, nombrándola bienaventurada, y toma parte en sus júbilos y en su gloria como en una herencia legal por una madre.

María permaneció cerca de tres meses en la casa de Elisabeth, prescindiendo con tanta solicitud como agrado los deberes de la caridad mas afectuosa: y prescindiendo de si asistió ó no al parto de su prima, hasta dejarla fuera de peligro, échase de ver cuánta debia ser la santidad de su vida, y cuán ardiente brillaria la llama de su puro y abrasado corazón, adorando al Dios que llevaba en sus entrañas, y contemplando y bendiciendo su poder en medio de las castas y hermosas estenas de la naturaleza solitaria que á su vista se despleaban. Regresó despues á Nazareth, volviendo otra vez á la quieta oscuridad de su vida y á sus humildes ocupaciones. Aquí empieza la tétrica incertidumbre y la dolorosa perplejidad del amante y discreto esposo, que atravesaba el alma recta y candorosa del grande patriarca. "Al principio no quiso dar crédito á sus ojos (dice Orsini, y transcribimos una parte de este pasaje por ser de lo mas precioso de la obra) y creyó en razon dudar del testimonio de sus sentidos, que de la pureza de una esposa que siempre habia mirado como un prodigio de candor y santidad. Preguntábase si era dable que una muger tan circunspecta, púdica y fervorosa, así muger



cuya belleza solo excitaba pensamientos dignos, y cuyas mas indiferentes acciones presentaban el carácter del cielo, hubiese faltado al honor, ajenando el nombre del que en su casa la acogiera cual una cosa santa. Esto era imposible, era una sugestion infernal, y José desechaba tal pensamiento como una blasfemia. Pero el estado de María hacíase cada vez mas perceptible, *reconocióse que estaba en cinta*, dice el Evangelio, significando que toda Nazareth se enteró de ello; y que los parientes de José, ignorando el casto vínculo que unía á los dos esposos, ofreciéronle con inocente corazón parabienes crueles, que hubo de sufrir sin inmutarse, y que de repente desaparecieron su duda con una luz semejante al rayo. ¿Qué hacer en tal caso? ¿mantener en su compañía una adúltera? Esto fuera pecar contra la ley y cubrirse de infamia ante la misma, puesto que Salomon habia reputado *por loco é insensato* al que así procediese. ¿Repudiarla sin esponer el verdadero motivo? Pero María en aquella situación quedaba deshonrada por el hecho del repudio: jamas se creeria que un hombre grave y tímido, un hombre de costumbres severas y sencillas, repudiase de un golpe á la madre y al hijo sin los mas imperiosos motivos. ¿Cómo pues salir de tal laberinto, que en cualquier desenlace presentaba la infamia y la muerte? José no se atrevia á fijarse en ningun partido, y permanecía abatido hasta el extremo.

Entonces debió felicítase la Virgen de haber unido su suerte á la del pobre artesano; con cualquier otro marido su muerte hubiera sido trágica y deshonrada su memoria; porque los judíos llevaban al exceso el fanatismo del honor y los resentimientos de los celos, como lo acreditan las historias de Dina, de Tamar y de la noble Mariamna. *Los celos son terribles como el infierno*, decia Salomon muy conocedor del pueblo sometido á su cetro, *y el marido no perdona en el día de su venganza*. El vínculo fraternal que unía á José con su jóven esposa escluía á la verdad los trasportes de la pasión y los furiosos de los celos; pero quedaba el honor israelita, quedaban los tormentos del padre y la cruel decepcion del hombre que vé cambiarse su tesoro en un objeto despreciable; quedaba la sentencia imponente y rigurosa de Jehová, que dijera por su profeta legislador *mueran la adúltera*. José fluctuaba incierto entre mil contrarios proyectos, y mil vidas hubiera dado porque le dijera otro Daniel: "Esa muger es inocente y pura." Pero ningun profeta le daba tal seguridad y la misma María guardaba un absoluto silencio.

De lo alto de su trono estrellado miraba complacido el Eterno al hombre justo, á quien espusiera á una prueba tan cruel antes de elevarle al inaudito honor de ser su representante en la tierra: los ángeles, fija la vista sobre la casa santa de Nazareth, esperaban ansiosos el resultado

de aquella lucha interior en que chocaban la humanidad, el deber y los mas nobles sentimientos del alma. Por fin, el patriarca adoptó una resolucion que casi le nivela con la Reina de los ángeles: decidióse á sacrificar su honor, el aprecio público que le adquiriera una vida imaculada, los medios de subsistencia que le proporcionaban el pan de cada día, y el aire del país natal que es tan grato respirar cuando nos aproximamos á la tumba, para salvar la reputacion de una esposa que ni aun trataba de justificarse y tan cruelmente acusada por las apariencias. Solo habia un modo de dejar á María sin perderla, porque su familia hubiera provocado esplicaciones cuyo término no podia menos de ser fatal: á saber, el despatriarse, ir á morir lejos en el país del destierro, y cargar sobre su cabeza toda la odiosidad de este abandono. Hay resignaciones tan gloriosas como los triunfos, y dolores soportados con paciencia que el cielo paga con igual generosidad que el martirio: tal fué el sacrificio sin ejemplo del esposo de la Virgen. Para conciliar su deber con la humanidad, aceptó de antemano las ofensivas calificaciones de marido sin corazón, de padre sin entrañas, de hombre sin conciencia ni fe: aceptó el desprecio de sus parientes, el odio mortal de los de María, y resolvió arrancarse con sus manos la corona de su buena fama, para arrojarla á los pies de la que no queria ofender ni con una mirada ni con una palabra de sospecha, que hasta tal punto llegaba su paternal amor.

San Juan Crisóstomo no se cansa de admirar el hermoso y noble comportamiento de San José. "Preciso era, dice este gran santo, que al aproximarse la gracia del Salvador, se presentasen las señales de una perfeccion superior á cuanto se habia imaginado de mas perfecto en la tierra. Así como al salir el sol, el Oriente se colora de viva luz antes que los primeros rayos del día iluminen el horizonte; del mismo modo Jesucristo, á punto de salir del seno de la Virgen, iluminaba el mundo antes de nacer. Por eso antes del divino alumbramiento, los profetas saltaron de gozo en el vientre de sus madres, las mugeres profetizaron, y José desplegó una virtud sobrehumana." Hasta aquí Orsini.

José, pues, demasiado prudente y humano para colocarse en la dolorosa alternativa de callar enteramente ó de manifestar ser suyo el hijo concebido por María, y previendo los amargos y funestos resultados de una y otra resolucion, halló que el partido mas generoso era el mejor. Resolvió, pues, dejar su ciudad y su amada esposa, de quien sospechaba, y con la cual habia pasado tan feliz y agradable vida desde su casto himeneo. Disponíase á la triste separacion, y dormía agitado en su solitario lecho, cuando apareciósele en sueños el ángel del Señor, y le dijo: "José, hijo de David, no temas tener contigo á María tu esposa, porque lo



que ha nacido en ella ha sido formado por virtud del Espíritu Santo. Ella parirá un hijo, al cual darás el nombre de Jesús, porque salvará su pueblo librándole de sus pecados." El celeste enviado, al dar á conocer á José el misterio de la Encarnación y el próximo nacimiento de Jesús, Redentor de los hombres, añadió: "Este es el cumplimiento de lo que fué dicho por el profeta Isaías: Una virgen concebirá y parirá un hijo y se llamará Emanuel, es decir, Dios con nosotros."

El santo esposo, al despertar, adoró las vías inescrutables de la Providencia, y quedó consolado y tranquilo, sin sentir el peso de aquellas dudas amargas que acibaraban su corazón. Disipóse pues la inquietud de su espíritu iluminado con el resplandor de la fé, como la niebla de la mañana huye á los rayos del astro del día que se levanta con majestad de su lecho de oro.

Otro profeta habia dicho mucho tiempo antes: "Y tú, Belen, llamado *Efrata*, tú eras pequeña entre las ciudades de Judá, pero de ti saldrá aquel que debe reinar en Israel, y cuya generacion tuvo principio desde la eternidad:" designando así que Jesucristo, Dios-hombre, tiene dos nacimientos: el uno eterno, antes de todos los siglos; el otro temporal llegado en la plenitud de los tiempos. "El se elevará delante del Señor, decia otro de los inspirados de Israel, como un vástago que sale de una tierra seca: está sin hermosa, sin esplendor. . . . nos ha parecido un objeto de desprecio, el último de los hombres." Para cumplir estos oráculos y hacer constar su verdad de una manera irrefragable, suscitó la Providencia uno de aquellos acontecimientos de que es árbitra ella sola, y que dirige soberanamente, aunque los hombres se imaginan producirlos á su sabor y para el triunfo de sus intereses. César Augusto, despues de haber puesto en paz el universo sometido á sus piés, y de haber llevado las águilas del imperio hasta las estremidades del globo, quiso saber cuántas eran las vidas que tenia bajo la proteccion de su espada; y dió un edicto de empadronamiento general, no solo en las provincias, sino tambien en todos los reinos tributarios. A pesar de lo crudo del invierno, todos iban á empadronarse en el pueblo de su naturaleza: los caminos del imperio estaban llenos de pasajeros, y entre otros muchos un carpintero habia salido desde Galilea para venir á la ciudad de sus padres, sita en Judea y llamada Belen, que era la patria de David: traia consigo á su jóven desposada, llamada por el su muger, que se hallaba en cinta. Al llegar los augustos viajeros, no hallaron lugar en las posadas y casas de Belen, porque el empadronamiento habia hecho acudir allí una multitud considerable de gentes. José carecia de oro, y las puertas de aquellas casas, menos duras aun que los corazones de sus due-

ños, no se abrian á los ruegos de la hospitalidad, ni á las súplicas del abandono. El viento de la noche caía helado y fuerte sobre la tierna Virgen que no proferia una queja, pero que á cada paso se iba poniendo mas pálida y apenas podia sostenerse. Venia la noche: José estaba tambien fatigado de inútiles tentativas: ¡Oh! ¡qué abandono! ¡Ángeles del Señor! ¡Puertas del cielo que no tardaréis en abrirnos, y de donde saldrán legiones de espíritus bienaventurados para cantar himnos al Salvador recién nacido! ¡Mundo ingrato y cruel que cierras tus duras entrañas á la indigencia y el amor! ¡Oh esposos desechados de todo el mundo! ¡Vosotros os veis obligados á salir de la ciudad en donde nacieron y reinaron vuestros mayores, y á buscar en una caverna oscura, abandonada de los hombres y morada de brutos pacíficos, un asilo para el Criador de los mundos!

La antigua ciudad estaba en efecto situada sobre rocas, en medio de las cuales se habian escavado casas y grutas. En una pues de estas cuevas entraron los dos esposos, bendiciendo al cielo por haberles deparado aquel abrigo salvaje; y María, apoyándose en el brazo de José, fué á sentarse sobre una roca desnuda, especie de asiento estrecho é incómodo en lo mas hondo de la cueva.

Allí, pues, sobre aquella piedra, en el silencio de una oscuridad húmeda y helada, cuando las estrellas rutilantes señalaban la media noche, en aquella estrechez y abandono, nació el Salvador del mundo, niño pobre, que ni aun tuvo como Moisés una cuna de mimbrres, á quien los hombres negaron el techado, que desterraron con las bestias; y con todo esto era aquel de quien se hablaba en los palacios, en las chozas, en los navios y en los pozos del desierto; era el anunciado por los profetas, el deseado por las naciones, el Mesías venido para pagar nuestro rescate con su sangre, era Jesucristo nuestro Señor. Con esto nos hizo ver, que la pobreza no es un mal, pues que él la adoptaba. En medio de la noche y de la paz universal nació el Dios pacífico, oculto, haciendo ver así que su reino no debia tener semejanza con la dominacion ruidosa de los conquistadores ordinarios. Era el día 25 de diciembre, segun la antigua tradicion de las iglesias, y el año del mundo 4000, ó 4004 segun la opinion de muchos sábios cronologistas.

La Virgen María dió á luz al Divino Niño sin socorro y sin dolor, le envolvió ella misma en pobres, pero limpios pañales, y le puso en el pesebre del establo sobre un poco de paja. Este establo ha quedado mas célebre que la cuna de ningun monarca; y nadie ha podido desprender de él la piedad del mundo. Los primeros cristianos edificaron allí un oratorio: el emperador Adriano se complació en insultarlos, colocando en su



lugar una estatua profana. Pero Santa Helena la hizo desaparecer, y enriqueció estos lugares venerables de adornos que subsisten todavía en parte, y se distinguen entre los demas que ha reunido la mano de los principes cristianos. Sobre la gruta se eleva una iglesia que tiene cinco naves formadas por cuarenta y ocho columnas de mármol. El establo está debajo del coro, y tiene cerca de cuarenta piés de largo sobre doce de ancho, y nueve de alto. Las paredes están revestidas de mármol, y el pavimento es tambien de un mármol precioso. Allí no penetra la luz del día, ardiendo sin cesar treinta y dos lámparas de plata como para simbolizar la eterna adoracion del mundo. Un mármol blanco incrustado de jaspe y rodeado de un borde circular de plata indica el lugar en que la Virgen María dió á luz al Salvador. Casi todos los hombres de ese país son mudos para la cristiandad; pero las piedras hablan allí un lenguaje que no ha podido hacer callar ninguna revolucion, ni ningun despotismo.

No lejos de la gruta en que nació el Salvador, habia algunos pastores que velaban en la guarda de sus ganados. De repente un ángel se presenta delante de ellos, vense rodeados de una luz divina y quedan sobrecojidos de temor. "No temais, les dice el ángel, pues vengo á anunciaros un hecho que será para todo el pueblo motivo de un grande gozo; y es que hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador que es el Cristo. Y ved ahí, la señal para reconocerle: hallaréis un niño en pañales y reclinado en un pescobre." Al mismo tiempo júntase al ángel una legion innumerable de celestiales inteligencias, alabando al señor y diciendo: "¡Gloria á Dios en las alturas de los cielos! ¡paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!" "Llegado habia el tiempo, efectivamente, en que la misericordia y la verdad debian encontrarse, la justicia y la paz darse un abrazo, el cielo y la tierra unirse, los hombres invocar á Dios como á su padre, y darse entre sí el dulce nombre de hermanos, y encontrar en su conciencia purificada su primera y mas grata recompensa.

Tras largos siglos de sangrientas guerras y disturbios en que se agitaban los pueblos conmovidos é inquietos, vinieron todos á guardar silencio postrados y pacíficos bajo la espada de Octavio Augusto. Llegó en esto la plenitud de los tiempos, y en el Oriente, quizá no lejos del punto en que el padre de los hombres habia tragado por primera vez y por culpable debilidad el veneno de la culpa, nace el verdadero Astro de la humanidad, el Dios increado, el Verbo del Padre, hecho carne, lleno de gracia y de verdad. Prescindiendo aquí de las esperanzas inmortales que viene á traer ese divino Niño para los que como los pastores y los reyes, le adoran y le aman con sencillez y afecto de corazón; si le consideramos como legislador supremo del género humano que ha venido á re-

dimir con su sangre, tendremos largo motivo para admirar y celebrar este hecho grandioso y consolador que muda la faz de los imperios y viene á regenerar la sociedad sin trastornarla, cimentándola bajo sus verdaderas bases; bases eternas como la justicia y suaves como el amor. Las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, tan desvirtuadas por las pasiones frenéticas de la ambicion ó del orgullo, fueron las bases con que el legislador vino á restaurar personalmente la sociedad humana en el tiempo, para poder hacerla dichosa en la eternidad. La libertad de hijos de Dios, que rompió los hierros de la servidumbre con que la mitad del género humano tenia atada á la otra mitad, hizo pedazos todo cetro de tiranía y abolió toda sujecion arbitraria que no fuese necesaria para el sostén y órden de la familia y de la sociedad. La igualdad de hijos de Dios que deshizo el odioso despotismo de las razas, acercó las condiciones mas distantes y desiguales que la fortuna ó el poder pone necesariamente entre los hombres, y les constituye todos hijos de un mismo Padre, redimidos por un mismo Dios, y capaces de alcanzar una misma gloria sin medida y sin término, y la fraternidad, ese gran vínculo que abraza todos los lugares y todos los tiempos, que hace de todos los hombres una gran familia de hermanos, no para destruirse, sino para amarse con un amor tan puro, que se confunda con el mismo amor de Dios. Este amor se llama caridad, virtud divina, sufrida, mansa, tolerante, ardiente, laboriosa, desinteresada, sedienta del bien y de la felicidad de los demas. Tal es el espíritu de la ley regeneradora que el Dios nacido en Belen vino á traer á la tierra. El desarrollo de esta ley divina es el único progreso posible de la humanidad. Tiempos hubo en que esta ley de amor dominaba con fuerza, tiempos heroicos del cristianismo, siglos de oro para la religion, que brillaba mas atizada por la persecucion y por los tormentos. Pero el desdenoso orgullo, el helado egoismo, el deleite fascinador sofocaron su hermosa llama. El Evangelio es la gran ley de la humanidad: en sus pájinas se halla escrito el *non plus ultra* de sus adelantos y de su perfeccionamiento.

No podemos por ahora dar mas estension á esta idea luminosa, y si solo recordar que este gran día es como la cuna de la regeneracion del mundo, día en cuya noche diáfana los espíritus celestes repitieron á coros sobre la cuna del Salvador niño las dos palabras que encierran toda la felicidad del mundo: *Gloria y Paz*. ¡Gloria á Dios, Paz á los hombres! ¡Gloria en los cielos, Paz en la tierra! ¡Gloria al Criador, Paz á las criaturas de pensamiento humilde y de recto y sencillo corazón!

Quando los ángeles se hubieron retirado en el cielo llevando consigo su divina armonía y sus resplandores, los pastores se dijeron entre sí: